

La filosofía como literatura de pensamiento

Manuela Castro Santiago. Málaga

Entre la filosofía y la literatura siempre ha habido una relación abierta pero enigmática, y sus vínculos han estado influidos durante muchos siglos por la discusión y la exclusión recíprocas.

En cierto sentido, la oposición entre ambas disciplinas resulta obvia. Lo característico de la buena literatura es su capacidad de elipsis, el arte de omitir y su poder de sugerencia. El discurso literario no es un discurso explícito ni demostrativo; ni siquiera especulativo. No responde a la lógica propia de la exposición filosófica. La imaginación no admite demostraciones, sino que se nutre literariamente a través de la sugerencia. En cambio, la fuerza del discurso filosófico está en el despliegue analítico de la razón; en su capacidad para no omitir ningún paso en su exposición; pone el acento en la demostración y en su capacidad argumentativa.

La filosofía y la literatura son, pues, discursos diferentes, adquiridos por lo general de modo distinto y codificados de manera distinta, que se exponen por vías contrarias (la pieza de exposición filosófica es la demostración, la de la literatura es el mostrar).

Es decir, en lo que difiere la filosofía de la capacidad sugestiva de la literatura es en el *método* filosófico; pero lo que el filósofo alcanza finalmente como resultado de su esfuerzo es un amplio paisaje de verdades (o de “mentiras irrefutables”, como apostillaría Nietzsche) que también satisfacen el quehacer literario¹.

No obstante, si bien es cierto que existen diferencias entre ambos discursos, lo que pretendemos poner de manifiesto en el presente trabajo es justamente, la difuminación de fronteras entre ambas formas de conocimiento; pues no en vano, tanto en sus desarrollos modernos como en los referentes antiguos, la historia cultural europea ha sido, en sus más fecundos momentos, la crónica de esta difuminación. De este modo, podemos reconocer a la filosofía en la obra de Esquilo, Dante o Thomas Mann, así como la presencia de la literatura en las obras de Platón, Kierkegaard o Nietzsche. Y podemos llegar a la conclusión de que el conflicto entre ambos discursos es, a menudo, más externo que inherente a las creaciones escritas.

1. El punto de partida: identidad entre ser y parecer

La filosofía aparece, pues, en sus inicios como una forma de literatura, como un diálogo significativo y simbólico con la realidad, como una interpretación, como una visión orgánica, como otra etapa de las primeras narraciones, mitos y leyendas. Convive, pues, la filosofía en su inicio con las formas literarias en sus temas y funciones.

El punto de partida de esta difuminación lo podemos situar en la identidad entre el ser y el parecer. El ser y el parecer (o el aparecer) estaban *originariamente* vinculados, porque para el pensamiento griego el ser se ofrece como *physis*, es decir, como lo que brota y permanece mostrándose, apareciendo, iluminándose, desocultándose. De ahí que la verdad en su correspondencia con el ser se entienda según el término griego

¹ Cfr. F. Savater. “Borges, poeta filosófico”. En *Archipiélago*. N° 50, 2002. pp. 45.

alétheia, retomado por Heidegger, y que hace referencia al concepto de verdad como aquello que se desoculta o se desvela².

No es, pues, en palabras de Heidegger, una verdad equiparada a lo que *es* sino a lo que *está siendo* o mostrándose; no una verdad como una adecuación de una proposición a una cosa, sino como el hacer salir a la cosa de una oscuridad que la guardaba invisible.

En este contexto, se entiende que ni el *ser* se opone al aparecer ni el mito al *logos*, al contrario: nombran lo mismo, o como mínimo tienen necesidad el uno del otro. Y es así como el *parecer* es una variedad del *ser*.

2. Filosofía y literatura: dos formas de conocimiento a través de la creación

Lógicamente, en este proceso de desvelamiento, la creación debe jugar un papel fundamental en la medida en que todo acto creativo o inventivo arranca, por definición, algo de lo oculto, algo que no estaba presente antes, o que si estaba, no se veía.

Es ahí, en el proceso de desocultación a través de la creación, donde se produce el encuentro más relevante entre ambas disciplinas. El poeta, al igual que el filósofo, opera sobre lo oscuro. Ambos esperan clarificación de lo que en cierto modo ha de ser la realidad.

El objetivo último de la filosofía responde a la fusión de la búsqueda de sentido con la objetividad implacable de los principios universales, es decir, lo mismo que pretende el poeta. En este sentido, podemos afirmar que el ideal de todo escritor – filósofo o poeta – es descubrir el auténtico misterio de las cosas, alcanzar la verdad radical de lo real, pero por distintos procedimientos.

En este proceso creativo, nos encontramos que el único medio de que dispone la filosofía y la literatura –para sondear ese material informe– es el lenguaje: una palabra, una frase, en definitiva las palabras materializadas en la escritura.

En efecto, tal y como nos enseñó Platón, la filosofía se encarna en la escritura. De hecho, entre la escritura y la palabra dialogada discurre lo más genuino de la filosofía, que se manifiesta en textos de naturaleza literaria. En este sentido, como afirma Eugenio Trías, “la filosofía es ‘literatura de conocimiento’. Literatura en la medida en que tiene que ver con la gestación de textos y de escrituras”³.

Así pues, nos encontramos con que la filosofía se encarna, ante y sobre todo, en la escritura. Sin escritura la filosofía carece de forja y destilado.

El filósofo es, ante todo, escritor. La escritura le invade y le penetra. Trama, como pedía José Ángel Valente, de todo verdadero escritor, relación carnal con letras y con graffías. Le importa –lo mismo que al literato–, el marco formal en que se dan los párrafos y los capítulos a lo largo del espacio y tiempo; las diferentes partes de este “todo abierto” que acaba cuajando y cristalizando en un texto⁴.

Por tanto, no hay verdadera filosofía sin estilo, escritura y creación literaria; pero tampoco la hay sin elaborada forja conceptual. Los conceptos, se dice, no son más que metáforas, los tropos literarios, el funcionamiento mismo del lenguaje con que se piensa. Ricoeur, refiriéndose a la metáfora, nos dice: “Al servicio de la función poética, la metáfora es esa estrategia del discurso por la que el lenguaje se despoja de su función

² Cfr. M. Heidegger. *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires: Nova, 1956; *¿Qué es filosofía?* Madrid: Narcea, 1978; *El ser y el tiempo*. México-Madrid-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1980; *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Barcelona: Anthropos, 1989; *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza, 1995.

³ E. Trías. “La filosofía y su poética”. En *Archipiélago*, N° 50, 2002. pp. 41-2.

⁴ J. A. Valente. *La piedra y el centro*. Madrid: Taurus, 1983; *Las palabras de la tribu*. Barcelona: Tusquets, 1994.

de descripción directa para llegar al nivel mítico en el que se desarrolla su función de descubrimiento”⁵.

Así pues, en su esfuerzo esclarecedor y crítico, el filósofo necesita echar mano de los recursos alegóricos y metafóricos que la literatura le brinda, del mismo modo que cuando la literatura pretende profundizar en su propia significación cultural se encuentra ante una serie de problemas que requieren tratamiento filosófico.

La literatura sólo es tal si es filosófica; la filosofía sólo se realiza si tiene resonancias literarias. Los límites entre filosofía y literatura son borrosos y permeables, deslegitimando, de este modo, la pretensión de completa autonomía de cada género, provocando la desfigurabilidad y la relativa transformabilidad entre ambos discursos.

Parece, pues, que la tensión entre estas dos formas de escritura que son la literatura —y en particular la poesía—, y la filosofía propiamente dicha —o el ensayo filosófico—, entre la escritura que cuenta, que refiere sucesos e historias de personajes en determinados momentos y lugares, y la escritura que analiza, que racionaliza y conceptúa —entre el *lógos* y el mito—, se va desdibujando en virtud de la consecución del mismo objetivo: alcanzar el punto donde ambas formas de conocimiento se encuentran y se materializa en la escritura a través de la creación.

Manuela Castro Santiago
Avda. del Mediterráneo, 242, 3ºD
Rincón de la Victoria. 29730. Málaga
manuelacs@arrakis.es

⁵ P. Ricoeur. *La metáfora viva*. Madrid: Ediciones Europa, 1980, p. 332.